Generación Z: las revoluciones con permiso

Oleg Yasinsky

Publicado: 15 nov 2026



Imagen creada por inteligencia artificial / Gettyimages.ru

Los noticieros se llenan de imágenes de protestas, revueltas, estallidos sociales y marchas multitudinarias contra la injusticia y los abusos del poder.

La tan tolerante e impávida nueva generación en las calles, la famosa generación Z, hija y protagonista del mundo digital. Mil banderas, cantos y consignas de indignación y rebeldía estremecen los cinco continentes para darle paso a todos los lugares comunes que la prensa no deja de escribir sobre la "juventud disconforme" o "las nuevas generaciones exigiendo un cambio".

Cambiar todo para que no cambie absolutamente nada.

Aunque se logren cambiar algunas autoridades y cumplir ciertos objetivos de sus protestas, el futuro no se abre. Unos malos gobiernos se reemplazan por otros aún peores. Las declaraciones más radicales garantizan la ausencia de cualquier proyecto serio para una verdadera transformación social. Los desórdenes callejeros se convierten cada vez más en 'déjà vu' de sí mismos, que deambulan de un continente a otro, dejando solo desgaste social, desilusiones colectivas, destrozos y un creciente deseo de algo de calma y tranquilidad entre las poblaciones.

No es cierto que la sociedad no cambie. La sociedad empeora.

Y la oferta de una mano dura que garantice el orden se ve cada vez más atractiva.

En los turbulentos años sesenta, marcados por las rebeliones juveniles, los jóvenes latinoamericanos que habían elegido el camino de la lucha revolucionaria, buscaban ser consecuentes con esa elección en su vida personal.

Entendían la importancia de no reproducir los modelos ni los valores del sistema capitalista. Lo importante era leer mucho, aprender de la política y el arte, y tratar de ser un ejemplo para los demás. Lo de ellos fueron las noches interminables de discusiones, experimentos teatrales, musicales y literarios.

Sus bibliotecas eran viajes por la filosofía griega hasta el romanticismo medieval, desde las grandes obras de la literatura rusa y soviética hasta los clásicos del marxismo, y sin dejar de lado a Nietzsche, Freud o Sartre. **Su lucha no nació del resentimiento, la venganza ni el deseo de revancha social, sino del sueño de construir una sociedad justa para todos**, en un mundo marcado por unas desigualdades criminales.

Con la muerte de los mejores, el cambio generacional y el perfeccionamiento de los mecanismos de manipulación, el sistema consiguió recuperar la iniciativa. Los cientos de organizaciones no gubernamentales (ONG) —que en realidad son entidades privadas que guían y definen la vida cotidiana de sociedades enteras, las de Soros entre ellas— y los servicios de inteligencia de las potencias occidentales que operan detrás lograron construir en América Latina un simulacro continental de las izquierdas actuales, dejando de los antepasados solo las canciones, algunas consignas y parte de sus banderas, cuyo significado y cuyos colores ya casi nadie comprende.

En la supuesta lucha contra la 'cultura patriarcal', se levantaron verdaderas fábricas de la basura 'artística'; la espiritualidad fue sustituida por una histeria colectiva y la ignorancia se convirtió en un motivo de orgullo.

Las legítimas luchas por los derechos de las mujeres, contra la discriminación de las minorías sexuales y étnicas y en defensa de la naturaleza, son valiosas y justas.

Pero el problema real es otro: **la mayoría de los movimientos que hoy se presentan bajo esas banderas, son apoyados por corporaciones**

cuyos intereses son exactamente los contrarios, siendo esos mismos los responsables de todas esas discriminaciones y crímenes ecológicos.

Detrás de la **'agenda de género', escrita por habilidosos hipócritas al servicio del sistema**, existe el propósito de destruir nuestras culturas y tejidos sociales, igual que detrás de la llamada 'economía verde' existe un mecanismo para impedir el desarrollo industrial de los países pobres, que podría convertirse en la base de su independencia, etc, etc.
Se va construyendo un nuevo lenguaje, una nueva estética y una serie de nuevos clichés que proclaman la necesidad de cambiarlo todo para que, en realidad, nada cambie.

Jamás pensé que tendríamos que defender ciegamente cualquier tradición en sí misma, pero sí deberíamos por lo menos tratar de entender qué fuerzas y qué intereses se encuentran detrás de las modas que Occidente promueve entre la juventud de otros países. Tal vez este análisis nos ayude un día a explicar la facilidad con la que, en los últimos años, se han derrumbado tantos gobiernos que decían ser de izquierda.

La diferencia entre la rebeldía callejera y la conciencia revolucionaria puede ser tan grande, que a veces son fenómenos políticamente contrarios.

Los 'zoomers' tienen capacidades extraordinarias para acceder a cualquier información, comunicarse a escala global y movilizarse. Pero sin conocimientos profundos de historia, cultura y economía, y aún más, sin una búsqueda de lo verdadero, de lo profundo, de la espiritualidad, cualquier protesta exitosa jamás podría convertirse en una opción para construir una alternativa política. **Y aquí surge la paradoja más evidente:** esta nueva generación, que en cuestión de horas es capaz de sacar a cientos de miles de personas a las calles, no solo no tiene herramientas para organizarse en una real fuerza política duradera, sino que en muchos casos tampoco entiende la necesidad de crear y construir con trabajo esta fuerza, ya que, a pesar de sus múltiples exigencias y reivindicaciones, no tiene ningún proyecto para la sociedad.
¿Hacia qué sueño, hacia qué tipo de mundo, hacia qué tipo de humano, hacia dónde?

Es bastante evidente que los pueblos se convierten en una verdadera fuerza política no cuando protestan contra algo que no les gusta, sino cuando empiezan a comprender el funcionamiento del sistema establecido y de qué

manera es posible transformarlo. Al parecer, no es el fuerte de la generación Z.

Los 'zoomers' muy seguido se manifiestan contra el capitalismo, la desigualdad, el poder corporativo y la explotación, pero en su actividad política ellos dependen completamente de los algoritmos, las plataformas y las otras herramientas de comunicación de las corporaciones transnacionales que controlan el mundo digital, es decir, protestan dentro de un espacio cuyas reglas no solo fueron establecidas por el adversario, sino, como sabemos, donde no se tolera ninguna discrepancia real.

Una elección libre, que suelen proclamar y defender tanto, extrañamente coexiste en su mundo con los mecanismos muy eficaces de control de la atención, las emociones y las preferencias, y **la supuesta 'independencia' de sus opiniones políticas del mundo está totalmente condicionada por los algoritmos de TikTok, Instagram* y demás plataformas**. No tengo ninguna duda de que muchos de estos jóvenes manifestantes pueden sentir una preocupación sincera por Palestina, Cuba, Irán, los pueblos de África o América Latina, pero al mismo tiempo muchos de ellos casi nunca conocen casi nada de la historia ni de las luchas de sus propios pueblos, y de esta forma su solidaridad internacional sin conciencia histórica se convierte en un consumo de símbolos políticos.

Los que proclaman el respeto a las diferencias y a la tolerancia como sus valores sociales, en la práctica personal la mayoría de veces demuestran una violencia extrema hacia cualquier cuestionamiento de sus 'verdades absolutas' y los problemas sociales complejos terminan reducidos a una división entre quienes tienen razón y quienes están equivocados. Si las generaciones revolucionarias del pasado solían considerar la vida personal, la educación, la disciplina, las relaciones con los demás y los propios hábitos como parte de la lucha política, hoy podemos observar con frecuencia lo contrario: una retórica radical que convive con el individualismo, el egoísmo-egocentrismo, el consumismo y la falta de voluntad para asumir compromisos y responsabilidades a largo plazo.

El sistema no tiene defensores más fieles que estos 'revolucionarios' de hoy.

**Propiedad de Meta, calificada en Rusia como organización extremista, cuyas redes sociales están prohibidas en su territorio.*